

Escribir como donación
(Experiencias en el salón de clase)

Mónica Montes Betancourt
Universidad de La Sabana
Instituto de Humanidades
Departamento de Lengua y Literatura

Una de las sensaciones más frecuentes en la enseñanza de la escritura es el encuentro con estudiantes que han generado serios distanciamientos con esta actividad. Escribir se les antoja apenas como un ejercicio que los somete al escarnio de un evaluador, lo que la convierte en impersonal y antipática por estar mediada siempre por un tercero que pondera o descalifica los resultados.

Así mismo, se tejen generalizaciones peligrosas que restringen el alcance de la escritura. Esto ocurre cuando se hace eco de aquellas afirmaciones que proponen que el escritor no se hace sino que nace o de las posturas que confieren excesiva importancia a las competencias ortográficas y gramaticales en detrimento de otras competencias que intervienen en la escritura como la coherencia, la cohesión y la adecuación (Cassany, 1989), además del potencial creativo.

Para que los estudiantes se acerquen a la escritura y la reconozcan como actividad que surca la cotidianidad hace falta propiciar espacios que les permitan vivirla de una manera personal, catártica, cercana. Sólo desde contactos de este tipo descubren sus propias historias, las redimensionan, y al entender y enunciar su propia realidad consiguen también advertir el potencial del escrito que les permite tejer contacto –encontrarse- con el lector: ese otro que confiere significado pleno al ejercicio.

Cuando en el salón de clase se propone la tarea de identificar un auditorio los estudiantes caen fácilmente en la tentación de querer llegar a todos, lo que implica realmente no establecer códigos, ni coordenadas comunes con ninguno. Sus escritos empiezan a ganar solidez cuando los posibles destinatarios se sienten más evidentes. Cuando este milagro empieza a concretarse les resulta más sencillo acercarse a las estrategias, acogerlas, advertir en ellas caminos válidos, antes que imposiciones, que potencian la creación de textos sólidos, profundos, llenos de sentido.

Ya admitía Navarro (1996, p.100) que “lo escrito no encarnado nos entrega un imaginario extraterritorial” y el docente como facilitador está llamado a propiciar un clima apto para que el estudiante, escritor novato, pueda encarnar el escrito, vibrar con él para donarlo a otros.

Para ayudarles a encarnar los escritos es conveniente iniciar el proceso incitándolos a escribir historias personales para que experimenten la magia de dejarse ir sobre el papel, fluir, liberarse en una experiencia cercana al *ello* freudiano. Pronto será necesario relacionarlos también con el *superyó* porque en la escritura como en el *ying* y el *yang* oriental —figuras de lo femenino y de lo masculino— uno y otro se necesitan y complementan: la creatividad y el instinto encuentran cauce y orden en procesos y estrategias que facilitan la producción de textos concretos, claros, coherentes, lógicos, llenos de sentido y novedosos.

Desde las historias personales empiezan a descubrir en el ejercicio de escribir la posibilidad de donarse; aliciente para transformar el orden caótico de las ideas en la cabeza, en documentos secuenciales, documentados, claros. Ese sentido que el texto adquiere

cuando se alimenta con la vida misma y se proyecta para un lector delimitado demuestra al escritor novato que el tejido textual demanda trabajo, invita a un proceso depurado que impone recorrer un conjunto de etapas o requerimientos para moldear el pensamiento como planear las ideas, organizar la información, escribir borradores, revisar su contenido y evaluar su forma.

Cuando se invita a los estudiantes a escribir experiencias personales aprovechando las particularidades del proceso de escritura sus resistencias se desvanecen; la posibilidad catártica de recorrer un episodio de sus vidas derriba sus murallas, entonces descubren el valor de planear en función de un destinatario para encontrar herramientas que nutran el escrito, y comprenden que estas herramientas les permiten definir su voz, su estilo y explorar recursos para ser más auténticos. La escritura se convierte así tanto en un mecanismo para entender y confrontar su realidad personal, como en un medio desde el que instauran códigos comunes con el lector. Estas coordenadas reiteran aquella clásica concepción de Ong (1994) según la cual “la escritura reestructura la conciencia”.

Esta realidad favorece al mismo tiempo que el proceso de escribir se convierta en camino que favorece la complicidad con el lector pues el arduo camino de depurar el texto es el recorrido necesario para que el texto terminado, como decía García Márquez, permita que los amigos nos quieran más. Por eso, escribir desde la vida misma abre el camino para que los estudiantes olviden prejuicios y mitos para que reconozcan que a escribir se aprende pues no es ejercicio de musas y de inspiración, sino de transpiración.

Desde los primeros ejercicios en clase es conveniente conferir a los estudiantes el título de escritores novatos. “Considerar a quien produce el texto escrito un escritor es

simplemente cuestión de declarar sus compromisos. No importa el mensaje que produzca: una sentencia, un soporte publicitario, una carta, una novela, un ensayo argumentativo, un informe empresarial”, (Montes, 2001, 196). Subrayar que quien ejerce cualquier tarea de escritura es un “escritor” supone reconocer las implicaciones de esta actividad y todas las alternativas que ofrece en un ejercicio de comunicación.

Conferir al estudiante la dignidad del escritor genera vínculos internos que precipitan el aprendizaje y la adquisición de estrategias en tanto despiertan su curiosidad para optimizar su formación, nutrir su talento y decir su vida o explorar sus posturas de manera óptima.

La actividad de escribir que se ha entendido de tantas maneras: modo de vida, rara cosa, método para olvidar, mecanismo para exorcizar los fantasmas interiores, respiración, comprensión de mundo, estrategia para ganar amigos, viaje metafísico... debe llegar a los estudiantes transformado en el deleite de escribir para otros, para el lector: uno mismo, una minoría selecta, un auditorio, el profesor, el Decano de la Facultad, los suscriptores de una revista científica, los posibles empleadores.

Escribir se convierte entonces en actividad bicéfala que favorece tanto la interiorización como el encuentro con el lector porque la escritura es ejercicio de interiorización pero también de socialización porque en la escritura el gesto privado se hace gesto público.

Cuando el estudiante lo entiende acepta apelar a normas, procesos y convenciones desde los que gana la delicadeza para hurgar en su intimidad y el respeto con el otro. Depurar el escrito, someterlo a un proceso, estructurar andamiajes, darle vida al cuerpo

del texto, retocarlo y hacerlo elocuente se traducen en caminos para tejer relaciones más sólidas con el lector, más transparentes, más directas.

Así es más fácil que acepten el seguimiento de guías y parámetros que les permiten planear el escrito, elaborar borradores con modelos de párrafos introductorios, de desarrollo y conclusivos o revisar y editar sus textos.

Después de este primer acercamiento a la escritura desde las historias personales conviene incitarlos a emprender ejercicios más complejos como identificar posturas personales —tesis— que los obliguen a rastrear aquellos argumentos que permiten persuadir y convencer a sus lectores. De nuevo la impronta de esta formación reside en hacer evidente al estudiante el valor de lo que tiene para comunicar por eso es vital respetar su postura diversa en tanto demuestre mecanismos sólidos para argumentarla.

Entonces el estudiante comprenderá también que escribir demanda trabajo, no es un don natural y que escribir bien se alcanza leyendo, desechando ideas, matizándolas una y otra vez, explorando diversos caminos para ganar exactitud y contundencia. “A diferencia del habla que se realiza al calor del amor materno y dentro del juego placentero de la fundación del mundo, escribir es doloroso, como si literalmente se tuviera que cumplir la sentencia de Nietzsche de que hay que escribir con sangre para encontrar en ella la espiritualidad”, (Navarro, 1996, p.102)

Todas estas exigencias de la escritura crean el clima propicie para que los alumnos experimenten la riqueza de trabajar sus textos en etapas diferenciadas de un proceso. Estas técnicas los salvan de la agonía de la escritura, estructuran su pensamiento, los alivian de la dispersión y los obligan a investigar para enriquecer sus argumentos y proposiciones.

Señalan Cuervo & Flórez (1991, p. 13):

Una sobrecarga en el procesamiento de información puede ocurrir porque las operaciones de alto y bajo nivel -composición y habilidades secretariales- compiten por el espacio mental y, por lo tanto, interfieren entre sí. Por ejemplo, la mente del escritor no tiene capacidad para tomar decisiones simultáneas sobre el desarrollo lógico de un párrafo y sobre la estructura sintáctica de una oración.

Mientras se les adiestra en el aprendizaje del proceso de escritura es interesante invitarlos a experimentar otros tipos de géneros, sin perder de vista las etapas que han aprendido porque son válidas para todos los casos, sin que constituyan una camisa de fuerza. Pronto, empiezan a reconocer que el éxito de sus escritos se afianza en una adecuada y profunda planeación que, en sí misma, incorpora ya las demandas del ejercicio investigativo.

Por esta razón, la guía para planear que se trabaja en clase se detiene en cinco aspectos comunes al proceso de investigación: 1. *definición del tema y de las preocupaciones centrales del escrito*: auditorio, propósito comunicativo (informar, persuadir, convencer, explicar, describir), contexto, género del escrito (narrativo, descriptivo, argumentativo, comparativo, definición...); 2. *obtención de información y delimitación de las fuentes*: bibliográficas, observación de campo, entrevistas y testimonios; 3. *recolección de datos* desde estadísticas, ejemplos, anécdotas, citas, definiciones, tablas, diagramas, mapas; 4. *ordenación e interpretación de los datos* desde criterios como el cronológico, espacial, grado de dificultad, orden de importancia, ilustración, causa-efecto y 5. *esquemas para elaborar el guión de trabajo o esbozo* desde mecanismos como la elaboración de la macroestructura, la identificación de la idea central y de las secundarias, la enunciación de un párrafo de síntesis que ordena la secuencia de las ideas o la concreción de un mapa conceptual que jerarquiza las ideas.

Tener claro que planear adecuadamente es basamento del que proviene la fuerza del texto implica reconocer que la escritura nace de la reflexión pues la buena escritura es el resultado de una buena generación de pensamientos.

Esta experiencia de invitar a los alumnos a planear en detalle arroja resultados diversos pues la mayoría considera que planear es postergar la iniciación del escrito y prefieren una escritura automática que no favorece ni la cohesión, ni la coherencia, cuando de textos académicos se trata. Por eso, algunos planean después de escribir sólo para cumplir con la tarea y otros planean superficialmente pero quienes atienden esta etapa con solidez son quienes consiguen textos fluidos, claros, hilvanados.

La fase de planeación es el espacio en el cual el autor debe responder todas las preguntas que podrían favorecer o disparar la escritura. Es el espacio propicio para identificar, entre otras cosas: ¿cuál es su propósito?, ¿qué impacto espera causar en el lector?, ¿cuáles son los recursos con los que cuenta y cuáles los que le faltan para ser consecuente con su propósito?, ¿en qué contexto específico aparecerá el documento?, ¿qué imagen tendrán de él los lectores? y, finalmente, ¿cuáles serán sus características formales? -extensión, tono, expresiones-.

Pero al tiempo que la planeación del escrito coincide con las fases del proceso de investigación replica también las fases del proceso creador: orientación –señalar el problema-, preparación –recuperar los datos pertinentes-, descomposición –recopilar el material-, ideación –reunir alternativas para generar más ideas-, incubación –dejar las cosas abiertas-, síntesis –unión de las piezas- y evaluación –juicio de las ideas resultantes-. Así las entendía Alex Osborn (1953), el creador del método del *brainstorming* o lluvia de ideas.

Después de planear con esmero, el estudiante comprueba que la escritura gana fluidez. Es importante incentivarlo para que escriba libre de la tensión por la forma a fin de que su preocupación sea mantener la coherencia y la cohesión, cuidar la estructura y la lógica del texto. Sólo en las etapas finales de revisión y edición se inquietará por la gramática, la ortografía, la puntuación, el uso exacto de las palabras.

Lo que aquí importa es que el escritor dé rienda suelta al ruido de pensamiento, vestido de lenguaje, siempre orientado por las decisiones tomadas en el subproceso de planeación. Sin esta guía, escribir se convierte en poner sobre el papel todo lo que llega a la mente, en el orden en que va llegando. El texto fluirá en la medida en que el escritor se apoye en la planeación; de lo contrario, correrá el riesgo de entrar en pánico, bloquearse, deslizarse y frustrarse por un buen rato hasta que tenga el coraje de volver a sentarse frente a una hoja en blanco. Como la primera versión, aparecerán otras, con la diferencia de que cada nueva versión estará más cerca del producto final. (Cuervo. R & Flórez. C, 1991, p.127)

Este borrador, lleno aún de errores, lo invita a evaluar la validez de las decisiones que tomó durante la planeación y a ajustarlo para e invita a efectuar los ajustes, tanto en la distribución de las ideas, como en la forma. Sólo cuando el texto haya madurado conviene someterlo a los subprocesos finales de revisión y edición.

Si se selecciona el mejor camino para entusiasmar al estudiante con la escritura nunca seleccionará una respuesta afirmativa para contestar a la pregunta que Rainer María Rilke formulaba al joven poeta como introducción a sus recomendaciones: ¿crees que puedes vivir sin escribir? El desafío del profesor en el aula es demostrarle que el ejercicio de donación que subyace a la escritura y la posibilidad de compartir experiencias, posturas personales, credos, certezas, argumentos... generan un nivel de adrenalina tan fuerte que sería imposible resistirse a la escritura, a compartir con los demás el universo personal.

Referencias

Cassany, D. (1993). Describir el escribir. Barcelona: Editorial Paidós Comunicación.

Cuervo, C. y Flórez, R. (1991). El regalo de la escritura. Bogotá: documento interno de trabajo.

Montes, M. (2001). Los sentidos de la escritura: desde los itinerarios hasta los compromisos del escritor. En: Piotrowski, B. (Ed.), El valor de la palabra en la expresión y la comunicación. Bogotá: Universidad de La Sabana.

Navarro, R. (1996). Escritura e investigación. En: Los procesos de la escritura. Bogotá. Editorial Magisterio.

Ong, W. (1994). Oralidad y escritura. Bogotá: Fondo de Cultura económica.